

imagen y una historia completa y anticipada de Jesucristo. Jonás, enviado para convertir á Nínive y viviendo en la muerte, es el tipo del tránsito de Jesús por el sepulcro, con solas las diferencias que naturalmente surgen entre una criatura y el Criador. Jonás desde luégo se resistió á admitir la misión que se le dió, por temor de que Nínive convertida no sirviese de ruina á Israel, y Jesús quiere, no sólo la salvación de Israel, sino del mundo entero. Jonás, iluminado por Dios, pide él mismo que se le arroje al mar para salvar la nave que le conducía, y Jesús se ofrece y entrega por su propia voluntad para salvar la humanidad. La nave de Jonás se salvó por el sacrificio de éste, y el género humano se ha salvado por el sacrificio de la cruz. Jonás, tragado vivo por el monstruo marino, vive en las entrañas del mismo, y después de tres días es vomitado vivo; y por un milagro todavía más extraordinario sale Jesús vivo de las entrañas de la tierra, en donde había sido sepultado muerto; y, finalmente, vuelto Jonás entre los hombres, fué á predicar, no á los judíos, sino á Nínive, y Jesús predicó y enviará sus Apóstoles á evangelizar el mundo entero.

#### LA ASCENSIÓN

El día de la Resurrección por la tarde iban dos discípulos desde Jerusalén á Emmaus, que distaba unos sesenta estadios (próximamente tres leguas), y hablaban por el camino de lo

que acababa de suceder. Un hombre se acercó y continuó andando con ellos, y les preguntó sobre qué asunto hablaban y cuál era la causa de la tristeza que en ellos se manifestaba; uno de ellos contestó : «¿Eres tan extraño en Jerusalén que ignores todo lo que allí ha sucedido estos días?»—«¿Qué es lo que ha pasado?» preguntó el viajero, y ellos contestaron : «Acerca de Jesús de Nazaret, que así por sus obras como por sus palabras era delante de Dios un gran Profeta, y lo mismo en el concepto del pueblo. ¿No sabes que le han entregado y crucificado los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de nuestra nación? Nosotros esperábamos que sería Él quien había de libertar á Israel, y se han pasado ya tres días desde que murió.»

De esa manera expresaron los discípulos el desaliento en que se encontraban, y con acento de duda referían también la noticia de las piadosas mujeres acerca de que Jesús estaba vivo y de que su cuerpo ya no se hallaba en el sepulcro. Entonces el insigne viajero les dijo : «¡Oh insensatos y duros de corazón para dar crédito á los Profetas! Pues ¿acaso no era necesario que el Cristo soportase todos esos sufrimientos, y que de esa manera entrase en su gloria?» Y seguidamente, con una claridad y razonamiento admirables, les explicó, principiando por Moisés y pasando revista á todos los Profetas, todo lo que se había predicho acerca del Cristo en las Santas Escrituras.

En tanto que oían esa instrucción, llegaron al punto donde debían detenerse, y el ilustre viajero aparentó como que quería

pasar adelante; pero los discípulos le hicieron repetidas instancias á fin de que se quedase con ellos, diciéndole que era ya tarde y el sol estaba en su ocaso, con lo que alcanzaron la dicha de que accediera á sus deseos; y habiendo entrado en su casa, se sentaron juntos á la mesa para comer. Estando en la comida, el esclarecido huésped tomó en sus manos el pan, lo bendijo, lo partió y se lo presentó, abriéndoseles en el mismo instante los ojos de su inteligencia y conociendo que era Jesús; pero al momento desapareció de entre ellos el Salvador. En vista de ese suceso, principiaron los discípulos á conversar entre sí mismos y se decían : «¿No es verdad que nuestro corazón sintió interiormente un gran ardor desde el momento en que nos principió á hablar y á explicarnos las Escrituras en el camino?» Y llenos del fuego del amor que la presencia de Jesús les había causado, se volvieron inmediatamente á Jerusalén, y allí encontraron á los Apóstoles en ocasión en que estaban refiriendo también que había resucitado el Señor y se había aparecido á Simón. Los dos discípulos contaron á su vez lo que á ellos les había sucedido, y, sin embargo de pruebas tan ciertas, hubo muchos que no los creyeron.

Habiéndose puesto á comer los Apóstoles, hablaban en la mesa sobre ese mismo asunto, y se expresaban con alguna energía y calor; y en esas circunstancias se aparece Jesús y les dice : «La paz sea con vosotros.» La paz fué la promesa de Belén; y en el momento de separarse de ellos les había dicho tam-



INSTITUCION DE LA CONFESION

Referencia á la obra de un apóstol al pueblo de Jerusalén, según la tradición de los apóstoles. Pintura sobre tabla de Elías Angelico, siglo XV. Conservada por el Museo Luvre, en París.

pasar adelante; pero los discípulos le hicieron repetidas instancias á fin de que se quedase con ellos, diciéndole que era ya tarde y el sol estaba en su ocaso, con lo que alcanzaron la dicha de que accediera á sus deseos; y habiendo entrado en su casa, se sentaron juntos á la mesa para comer. Estando en la comida, el esclarecido huésped tomó en sus manos el pan, lo bendijo, lo partió y se lo presentó, abriéndoseles en el mismo instante los ojos de su inteligencia y conociendo que era Jesús; pero al momento desapareció de entre ellos el Salvador. En vista de ese suceso, principiaron los discípulos á conversar entre sí mismos y se decían: «¿No es verdad que nuestro corazón sintió interiormente un gran ardor desde el momento en que nos principió á hablar y á explicarnos las Escrituras en el camino?» Y llenos del fuego del amor que la presencia de Jesús les había causado, se volvieron inmediatamente á Jerusalén, y allí encontraron á los Apóstoles en ocasión en que estaban refiriendo también que había resucitado el Señor y se había aparecido á Simón. Los dos discípulos contaron á su vez lo que á ellos les había sucedido, y, en embargo de pruebas tan ciertas, hubo muchos que no los creyeron.

Habiéndose puesto á comer los Apóstoles, hablaban en la mesa sobre este mismo asunto, y se expresaban con alguna energía y calor; y en esas circunstancias se aparece Jesús y les dice: «La paz sea con vosotros.» La paz fué la promesa de Belén; y en el momento de separarse de ellos les había dicho tam-



Compiègne. lith.

Imp. T. Didot, Paris.

## INSTITUCION DE LA CONFESION

Jesucristo trasmite á su apostol el poder de conceder ó negar la absolucion de los pecados. Pintura sobre madera de Fray Angélico. Siglo XIV. Comunicado por el conde Lafond, de Paris.

bién que les dejaba su paz, para darles así á entender que la paz era un dón de Jesús. Ante semejante aparición, se pusieron ellos á temblar; y creían ver un espíritu, porque, estando cerradas las puertas, Jesús había entrado y se hallaba delante de ellos; y al verlos así, les dijo : «No temáis, pues soy yo. Mirad mis manos y mis piés; tocadlos. Un espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros véis que yo los tengo.» Y diciéndoles eso, les mostró sus manos, sus piés y la llaga de su costado. Ellos estaban arrebatados y llenos de dulce alegría, pero sin acabar todavía de persuadirse que fuese verdaderamente el Señor, vivo en su propia carne, el que tenían delante de su vista, por lo cual les preguntó si tenían alguna cosa para comer. Ellos le sirvieron un pedazo de pescado asado y un panal de miel; y habiendo comido de ese alimento en presencia de ellos, les dió lo que sobró, y seguidamente les dijo : «Acordaos de lo que me oisteis cuando todavía estaba con vosotros; y es necesario que se cumpla todo lo que acerca de mí estaba anunciado por los Profetas.» Y esclareciéndoles el espíritu con la inteligencia y conocimiento de las Escrituras, prosiguió diciendo : «Era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos, y vosotros sois testigos de ello. Ahora es preciso que en mi nombre se predique la penitencia y el perdón de los pecados á todas las naciones, principiando por Jerusalén.»

Había revelado Jesús la verdad de su cuerpo real, y ahora manifiesta desde luégo la unidad de su cuerpo místico, que es

la Iglesia católica, nacida en Jerusalén y destinada á propagarse por toda la tierra y á recibir en su seno judíos y gentiles, permaneciendo sola, verdadera y siempre la misma; y después de haberles dado esa enseñanza tan importante, viendo su alegría,

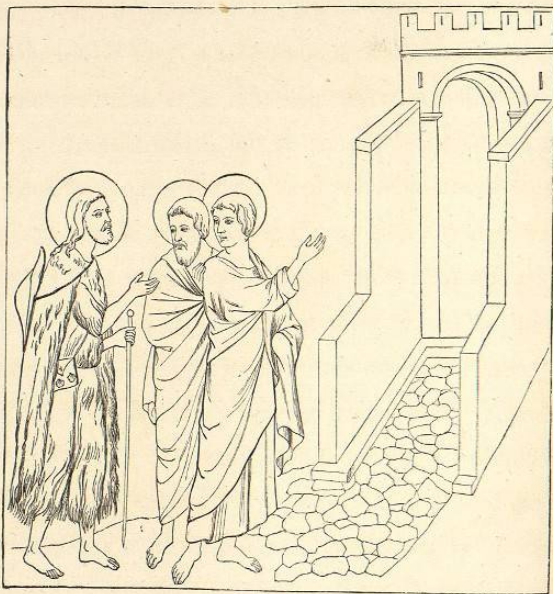


Lámina 110.—Los Peregrinos de Emmaus.—Cuadro de Duccio, que se conserva en la catedral de Siena.  
Data del siglo XIV.

los saludó, diciéndoles por segunda vez : «La paz sea con vosotros.» Y como también iba á dispensarles un dón verdaderamente divino, añadió : «Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros.» Después de pronunciadas estas palabras,

sopló sobre ellos, diciéndoles : «Recibid el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes vosotros se los perdonáreis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros se los retuviéreis.»

No era todavía ese soplo la plenitud del Espíritu Santo, sino más bien un símbolo de él, que significaba que el Espíritu Santo procedía también de Jesús, por razón de ser el Verbo eterno, como procedía igualmente del Padre, y que esa procesión del Padre y del Hijo era como de un principio único. La plenitud del Espíritu Santo la recibirían los Apóstoles el día de Pentecostés; pero, sin embargo de eso, Jesús, en su bondad paternal y para alentarlos en la fe, se apresuró á comunicarles el poder de perdonar los pecados.

Los Apóstoles refirieron todo esto á Tomás, que no estuvo en la mesa durante la aparición del Señor, y Tomás contestó: «Mientras yo no vea en sus manos las señales de los clavos, y no meta mis dedos en la llaga abierta por los mismos y en la de su costado, nada creeré.» Diez días después se hallaban reunidos los Apóstoles, incluso Tomás, en la misma casa, y nuevamente se apareció Jesús delante de ellos, aunque las puertas estaban cerradas, y les dijo : «La paz sea con vosotros.» Seguidamente se dirigió á Tomás en estos términos : «Pon aquí tu dedo y ve mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel.» Al oír esas palabras del divino Maestro, exclamó Tomás : «¡Dios mío y Señor mío!» Jesús le

dijo : «Tomás, porque me has visto, has creído. ¡Dichosos los que creen y no vieron!»

Después de estos acontecimientos, los Apóstoles y los discípulos se volvieron á Galilea, conforme se lo había ordenado el Señor. Simón-Pedro, los hijos del Zebedeo, Nathanael, Tomás y otros dos se encontraron juntos en las riberas del lago de Genezaret, y una tarde les dijo Pedro que iba á pescar. Al efecto subieron con él en una barca, pero en toda la noche no cogieron ningún pescado.

Á la mañana siguiente se apareció Jesús en las riberas, y no le conocieron los discípulos. Entonces les preguntó : «Hijos, ¿no tenéis nada para comer?»—«No,» respondieron ellos. Jesús les mandó que arrojasen la red hacia el costado derecho, y les aseguró que de ese modo encontrarían. Al momento lo ejecutaron así, y no podían luégo sacar la red de tanto como pesaba la pesca. Juan dijo entonces á Pedro : «¡Es el Señor!» Y al oír Pedro esas palabras, se recogió su túnica, se la ató á la cintura y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, tirando de la red, que estaba llena; y fué un milagro que no se rompiera, porque contenía ciento cincuenta pescados grandes.

Esta pesca profética, en la que no se arrojó la red al azar, sino á *la derecha*, es figura de la Iglesia católica llegando al puerto eterno de salvación, adonde ella conduce los escogidos; hay en esa pesca siete pescadores para representar la universalidad del sacerdocio católico; en el número ciento cincuenta es-



MISION DE SAN PEDRO

Tratado de la vida de San Pedro, por el P. Angélico, y de los sucesos más importantes de su vida. Los otros dos apóstoles se encuentran en la barca.

dijo: «Tomás, porque me has visto, has creído. ¡Dichosos los que creen y no vieron!»

Después de estos acontecimientos, los Apóstoles y los discípulos se volvieron a Galilea, conforme se lo había ordenado el Señor. Simón-Pedro, los hijos del Zebedeo, Nathanael, Tomás y otros dos se encontraron juntos en las riberas del lago de Genezaret, y una tarde les dijo Pedro que iba a pescar. Al efecto subieron con él en una barca, pero en toda la noche no cogieron ningún pescado.

A la mañana siguiente se apareció Jesús en las riberas, y no le conocieron los discípulos. Entonces les preguntó: «Hijos, ¿no tenéis nada para comer?»—«No,» respondieron ellos. Jesús les mandó que arrojasen la red hacia el costado derecho, y les aseguró que de ese modo encontrarían. Al momento lo ejecutaron así, y no podían luego sacar la red de tanto como pesaba la pesca. Juan dijo entonces a Pedro: «¡Es el Señor!» Y al oír Pedro esas palabras, se recogió su túnica, se la ató a la cintura y se arrojó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca, tirando de la red, que estaba llena; y fué un milagro que no se rompiera, porque contenía ciento cincuenta pescados grandes.

Esta pesca profética, en la que no se arrojó la red al azar, sino a la derecha, es figura de la Iglesia católica llegando al puerto seguro de salvación, adonde ella conduce los escogidos; hay en esta pesca siete pescadores para representar la universalidad de la Iglesia católica; en el número ciento cincuenta es-



MISION DE SAN PEDRO

Tomado de los cartones de Hampton-Court (Inglaterra) y de los lienzos pintados pertenecientes a M. Papé, de París. Jesús entrega a San Pedro el cargo de su rebaño. «Apiscenat mis corderos», le dice. Los otros diez apóstoles se muestran varinamente comovidos de la palabra del Maestro.

tán expresadas, conforme á la interpretación de San Agustín, la unidad de Dios, la Santísima Trinidad de personas y la humanidad; la red no se rompe, para significar que, en llegando á puerto tan feliz, no habrá que temer cismas, herejías ni divisiones; y, finalmente, todo llegó salvo á tierra firme y estable para dar á entender el reposo eterno y la inamisibilidad de los bienes de la gloria.

Luégo que los pescadores estuvieron en tierra, vieron un pez que se estaba asando, y también había pan; y Jesús les dijo que se acercasen y comiesen, no habiéndose atrevido ninguno á preguntar quién era Él, porque sabían todos muy bien que era el Señor. El Evangelio dice que sabían y no que veían para declarar que ellos sabían ya y creían sin ver.

Luégo que hubieron comido, dijo Jesús á Simón-Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?» Pedro contestó: «Sí, Señor, Vos sabéis que os amo.» Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos.» Le preguntó Jesús nuevamente: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Y Pedro contestó por segunda vez: «Sí, Señor, Vos sabéis que os amo.» Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos.» Seguidamente le preguntó tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro, afligido con esta tercera pregunta, respondió: «Señor, Vos conocéis todas las cosas; Vos sabéis que os amo.» Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas.»

Con esas tres afirmaciones, hechas en virtud de las preguntas de Jesús, expió Pedro sus tres negaciones y reparó lo que



con aquéllas había desedificado. Era preciso que Pedro no mostrase ménos amor, dice San Agustín, que había mostrado temor, y que no pronunciase ménos palabras para aspirar á la vida que las que había pronunciado para inclinarse hacia la muerte.

Después de las dos primeras respuestas fué Pedro confirmado en su dignidad y carácter de Apóstol; y después de la tercera fué investido de la dignidad sin igual de Pastor de los Pastores, y con eso puso Jesús la última piedra al hermoso edificio de la Iglesia católica, obra grandiosa de su infinita sabiduría y de su amor.

Las palabras que añadió Jesús dieron á Pedro la seguridad de su futura firmeza é indefectible valor, y le marcaron al mismo tiempo la gloria de su muerte. «En verdad, en verdad, le dijo, cuando tú eras joven, te ceñías á ti mismo y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos y otro será el que te ceñirá y te conducirá adonde no quieras ir.» Y además le dijo Jesús á él solo: «Sígueme.» Para así declarar más ese rasgo de dignidad incomparable de que le investía y proyectar algún fulgor que dejase conocer el carácter particular de su martirio.

En seguida los once Apóstoles se fueron á Galilea y se reunieron en la montaña donde Jesús les había dicho que le volverían á ver. Se cree que fué allí donde le vieron más de mil quinientos discípulos á la vez, según lo atestigua San Pablo, y

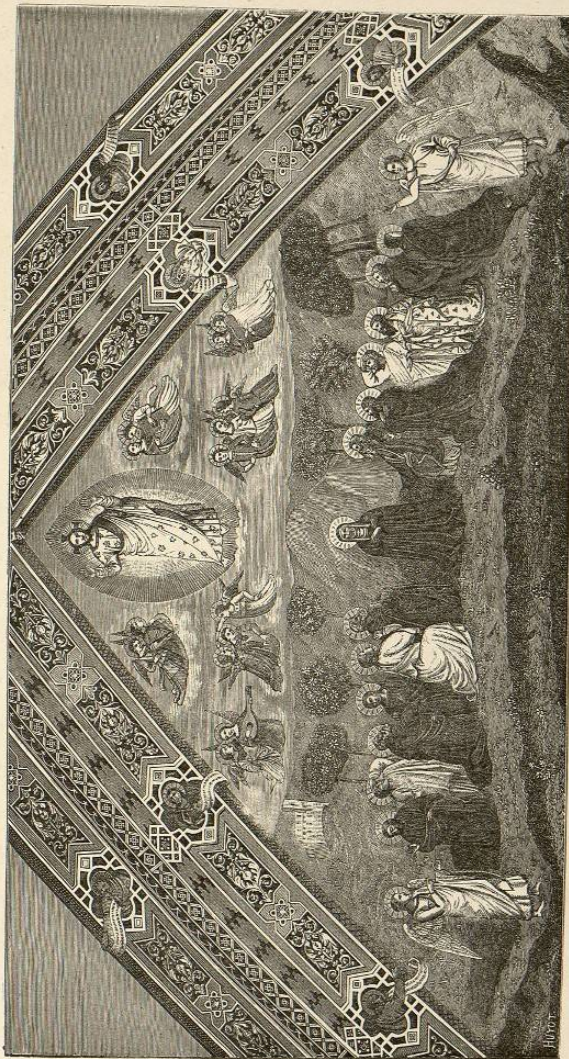


Lámina 111.—La Ascensión.—Fresco de Tadeo Gaddi, que se conserva en la capilla de los Españoles de San a María la Nuova, en Florencia, y data del siglo XIV.—Jesús se elevó en una nube resplandeciente y luminosa, y subió al cielo acompañado de los ángeles, y de los santos. Los once Apóstoles, divididos en dos grupos, asisten á la ascensión de su Hijo; la Santísima Virgen está en medio de ellos respetada y coronada á su Hijo.

que allí le adoraron. Algunos de ellos, sin embargo, quedaron todavía con alguna duda; pero eso no puede afirmarse de los Apóstoles ni referirse á ellos. Acercándose á los mismos, que eran en número de once por la caída de Judas, les dijo Jesús: «Me ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra. Marchad, pues, enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadlas á cumplir todo lo que yo os he enseñado. Ved aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.» Además de eso les dijo: «Andad por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura; y todo aquel que crea se salvará, pero el que no crea se condenará. Los milagros acompañarán á los que crean; y así, en mi nombre, arrojarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán las serpientes, y si beben algún veneno, no les hará daño; finalmente, impondrán las manos sobre los enfermos, y éstos quedarán curados.»

El Evangelio hace mención de nueve apariciones de Nuestro Señor, y lo que se dirá á continuación se refiere á la décima y última, que tuvo lugar en Jerusalén, en donde los Apóstoles estaban reunidos. Comiendo Jesús en compañía de ellos, les mandó que no se alejasen de Jerusalén, sino que permaneciesen allí y esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, que les había sido comunicada por sus labios, y nuevamente les predijo el bautismo del Espíritu Santo.

En esos momentos, los Apóstoles, todavía algo preocupa-

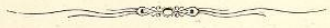
dos con el reino temporal del Mesías, le hicieron esta pregunta: «Señor, ¿ha llegado el tiempo en que habíais de restablecer el reino de Israel?» Sin tardar mucho, el Espíritu Santo vendría á disuadirles y quitarles esa idea, y entretanto Jesús se limitó á contestarles: «Á vosotros no os es dado conocer el tiempo y los momentos que el Padre ha reservado en su omnipotencia; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que de lo alto ven-



Lámina 112.— Jesucristo bendice á la Iglesia.  
Miniatura de una Biblia manuscrita con aplicaciones morales que data del siglo XIV,  
y se conserva en la Biblioteca nacional de Francia con el número 9561.

drá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y la Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.» En esas palabras estaba significada la soberanía de Jesús, y equivalían á tomar oficialmente posesión del mundo; pero, aunque tan próximos estaban á ese estupendo milagro, los Apóstoles no sospecharon ni acerca de su naturaleza, ni sobre la parte que ellos habrían de tomar en él.

El Señor, después de haberles hablado de esa manera, los condujo fuera de la ciudad, hacia la parte de Bethania, y allí, con aquellas sagradas y santísimas manos que habían sido traspasadas por los clavos, les dió la bendición, elevándose entretanto al cielo, quedándose ellos mirándole hasta que una nube le ocultó á sus ojos. Mas como, aún después de oculto Jesús por la interposición de la nube, se quedasen ellos con su vista dirigida hacia el cielo, se aparecieron dos hombres (ángeles) vestidos de blanco que les dijeron: «¿Qué estáis mirando de esa manera? Este Jesús, que en este momento ante vuestra presencia sube al cielo, vendrá de allí algún día del mismo modo que vosotros le habéis visto subir.»



TERCERA PARTE

---

JESUCRISTO CONTINUADO

EN LA IGLESIA